

LA DESCOLONIZACIÓN INTELECTUAL METÁFORA PARA PENSAR EL CARIBE

Fari Rosario

No vengo en absoluto armado de verdades decisivas
Frantz Fanon

Introducción

Hay una canción de Juan Luis Guerra titulada “Si de aquí saliera petróleo”¹ que suelta una frase que aturde y que llama mucho la atención: “si aquí [entiéndase República Dominicana] hubiera petróleo fuera más grande nuestra ilusión, sobrarían los techos y las escuelas”. Si se analiza un poco la presuposición de la frase, según el contexto del discurso, se descubre un sentimiento con raíces históricas: ¿Cuáles son nuestras riquezas? ¿Cuál es nuestra pobreza mayor? La pregunta aún puede formularse mejor: ¿Qué es lo que podemos ofrecer a la metrópolis, a los imperios, para que ellos se interesen por nuestro destino? Pero ¿realmente nuestro destino histórico fuera distinto si tuviéramos oro negro para ofrecer a una poderosa nación y que a cambio de esto nos defiendan o proteja? ¿Es diferente el destino histórico y los límites de la ilusión para quienes viven en Venezuela? ¿Es un mito que conviene derrumbar? ¿Qué ha pasado en México con el oro negro? ¿Con los ritos del águila emplumada en vuelo y en continuo ascenso?

El hacerse preguntas constituye ya un ejercicio de relectura crítica de nuestra realidad caribeña. En realidad, tendríamos que asumir que continuamente debemos hacernos preguntas sobre los sistemas de poder y de dominación en el Caribe. Habría que indagar sobre la configuración del sujeto, sobre los límites del discurso de la historia y sus “verdades”, muchas de ellas incuestionadas hasta el momento. A este breve ejercicio de niño terrible, de mozalbete *preguntador* y malcriado, lo llamaremos descolonización intelectual. Por ahora, paradójicamente, no interesan las respuestas, nos interesan de modo radical las preguntas y sus estados enervantes e inquietantes. (Y no algunas preguntas formuladas en Grecia o en la Alemania del siglo XVIII, sino preguntas contextualizadas y con los matices subjetivos de quien las formula y desde el *mundo* en el que vive).

El propósito de este breve ensayo es mostrar la descolonización intelectual como un ejercicio de relectura,

como un discurso crítico que cuestiona y rechaza la violencia del colonialismo, la explotación y la discriminación racial o cultural. Esta distancia discursiva y hermenéutica implica abordar los antecedentes del concepto-matriz de la colonización en América y sus implicaciones educativas, literarias y culturales. El ejercicio de reflexión da pie a un entendimiento de la *colonización*, no como un momento de la historia de los pueblos del Nuevo Mundo, sino como un proyecto, un discurso rampante que impone sus marcas simbólicas y su impronta de dominación sistemáticas. El concepto es estructural y por tanto en su movimiento centrífugo hay serias implicaciones sociales, educativas, literarias y culturales. Desarrollar una línea de pensamiento coherente con el planteamiento de este texto, es mostrar algunas definiciones para determinar su radio de acción e implicaciones hermenéuticas; de modo que cada concepto se presenta a la luz del diálogo con varias perspectivas disciplinarias y, por ende, recupera el pensamiento y la experiencia de expertos en el tema según lo abordado en este ensayo breve.

La descolonización se plantea como un concepto antitético, dialéctico y con implicaciones exegéticas importantes. Lo más atinado para comenzar es definir o abstraer por un momento el prefijo “des” y describir qué se entiende por *colonización*. Quizá Aimé Césaire² sea quien mejor haya definido este concepto, pues sostiene que la colonización es un proyecto que mezcla los perfiles de las rutas del comercio con la explotación y con la maquinaria del capitalismo. De modo que pronto se colige algo significativo: el colonizador no mostró su rostro ilustrado, humanista o civilizador, sino todo lo contrario: su piratería, su avaricia, su sed de dominio y explotación, su odio racial y su instinto rapaz. El colonizador concibe la relación social como un medio para posicionar o justificar los medios de producción, al mismo tiempo que niega la posibilidad de los sujetos de una relación intersubjetiva (para sí) y postula el *ser para* otro. La legitimación de esta práctica supone también restarle valor al *locus*, al lugar donde vive el colonizado. Se comprende, pues, que un ejercicio reflexivo y crítico en nombre de la descolonización no solo debe criticar las herencias culturales e históricas, sino también redefinir algunos espacios, conceptos y símbolos. Tomemos, como

¹ Véase su álbum *Areíto* (1992). Curiosamente este disco se lanzó para el quinto centenario del descubrimiento de América. El término areíto, paradójicamente, alude a la danza y las fiestas de los aborígenes para celebrar sus victorias.

² Aimé Césaire, *Discurso sobre el colonialismo*, Madrid, Akal, 2006.

ilustración, tan solo tres conceptos: *locus* (lugar), la designación del concepto *mundo*, y el *canon literario*.

El lugar tiene una importancia decisiva y fuertes connotaciones en la comprensión del discurso social, cultural y científico. Lo fundamental por ahora es definir los atributos esenciales del lugar donde se originan las preguntas. Escribo desde el Caribe y mi texto, a lo mejor, tiene una temperatura cálida, un pulso contrapunteado. En ese orden de ideas, conviene retomar las afirmaciones de Antonio Benítez Rojo,³ quien afirma que al hablar del Caribe hay que tomar otra actitud, e incluso otra lógica, no la lineal, la rectilínea ni hacer que la balanza se incline por el peso del razonamiento trascendental:

Analizar ciertos aspectos del Caribe [supone] esta nueva actitud cuya finalidad no es hallar resultados sino procesos, dinámicas y ritmos que se manifiestan dentro de lo marginal, lo residual, lo incoherente, lo heterogéneo o, si se quiere, lo impredecible que coexiste con nosotros en el mundo cada día. La experiencia de esta exploración ha sido para mí aleccionadora a la vez que sorprendente, dentro de la fluidez sociocultural que presenta el archipiélago Caribe, dentro de la turbulencia historiográfica y su ruido etnológico y lingüístico, dentro de su generalizada inestabilidad de vértigos y huracán, pueden percibirse los contornos de una isla que se “repite” a sí misma.

En suma, el *Caribe* no debe ser leído como una zona en los márgenes del Atlántico, sino como un espacio fundante y portador de un ritmo técnico-poético particular, cuyas dinámicas son portadoras de nuevos modelos de conocimiento propios de la modernidad y la posmodernidad. Estamos ante un espacio cuyo fundamento es el placer, no la razón o el logo extensivo. Y una muestra de ello es su baile, su danza, su modo de caminar, su música variada y cadenciosa y su literatura.

En las coordenadas actuales, releer el Caribe significa tener conciencia de la turbulencia significativa y simbólica de nuestro espacio, sin dar paso a estigmas culturales o geográficos. El discurso de descolonización cultural debe reivindicar sus fronteras geográficas y conceptuales, por ejemplo, tomar posición ante dilemas estigmatizantes como los emitidos en ciertos titulares de noticieros: *El Caribe es el puente ideal de las drogas que van hacia Europa y los Estados Unidos*. Pero rara vez, por no decir nunca, sale una alusión conceptual significativa como esta: el concepto de *transculturación* nace en el seno del Caribe, además allí nace el *realismo maravilloso*, un concepto que transformó la literatura americana del siglo XX. Sin embargo, la conciencia del *locus*, del sentido de

pertenencia a una comunidad también puede derivar, sin excepción, en construcciones que se manifiestan como prácticas colonizadoras y desafiantes. Un ejemplo de lo dicho es el concepto de nacionalismo, tan de moda en la época actual, no solo en Latinoamérica, sino también en los Estados Unidos.

Lo cierto es que en la estructura profunda del colonialismo se han cuajado varias prácticas que no son inocuas. En realidad, el nacionalismo no es una ideología, sino una práctica de algunas naciones que se sienten con valores antiguos: es una ilusión creada por la comunidad local para justificar el dominio, la supremacía racial y sobre todo el neocolonialismo representado por la nueva burguesía. Su preocupación básica no es la transformación social ni invertir en educación o capital intelectual, sino hacer florecer las fábricas textiles, la producción de cacao o edificar hoteles grandes para turistas.⁴ República Dominicana no escapa de esta lógica fatal e histórica.

Y, claro, lo subrayado anteriormente tiene que ver con la concepción del mundo y su posible designación como espacio donde acontecen eventos y diversos tipos de relaciones e interacciones. Describimos así el segundo concepto importante para un discurso propio con tesitura de descolonización intelectual y cultural: el concepto de *mundo* y sus variaciones nominales. El confuso concepto de mundo no es sinónimo de globo terráqueo, ni de totalidad representativa del estado de cosas y cúmulos de objetos, sino que es señal, indicio, marca estigmatizante del lenguaje en torno a los países subdesarrollados (en todos los ámbitos: científico, cultural, nutritivo, político, industrial y sanitario). Por eso a los pueblos de Latinoamérica, África y otros se les designa como pertenecientes al Tercer Mundo. Es la inevitable marca de Caín, la fatalidad está en la frente, en la designación y la maldición de su devenir y sus días. Recuerdo haber leído a un poeta, cuyo nombre no recuerdo, tampoco el título de lo leído, solo recuerdo que maldecía el día en que el sociólogo francés Alfred Sauvy, quien con tono de rey rabioso y proteico, designó en 1952 a los pueblos vulnerables como parte del Tercer Mundo.

No hay que hablar ni hilar mucho en este sentido. Ponga un noticiero cualquiera, el que usted quiera, según los paquetes de servicios de telecables, y verá que este concepto aún aparece en boca de los comunicadores e incluso de las grandes cadenas de noticias como CNN, Univisión, entre otras. La inevitable diferencia: una nueva relectura del concepto mundo implica abrazar una lógica de la relación con el caos, como la llamó Glissant, a sabiendas de que “las poéticas difractadas de este Caos-mundo que compartimos, cuerpo a cuerpo con tantos

³Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite*, Barcelona, Editora Casiopea, 1983, p. 4.

⁴Benedict Anderson, *Las comunidades imaginarias*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993.

conflictos y obsesiones de muerte y más allá de ellos, y a cuyos invariantes tenemos que aproximarnos”.⁵

Tercer concepto: el *canon literario*; por razones múltiples y explicables me detendré más en este concepto, ya que tiene una gran trascendencia para la exégesis atenta, para la comprensión progresiva de las ciencias sociales y sus límites conceptuales. Hay que abordar dos premisas que están intrínsecamente relacionadas con los matices del *locus*: 1) en nuestra América el mestizaje no es accidental, sino esencial; 2) el Caribe representa la heterogeneidad, la diferencia.⁶ Por tanto se comprende y resulta legítimo pensar que nuestra literatura es multilingüística, máquina que engendra rituales, mitologías, símbolos eclécticos, espacio donde convergen la fragmentación del discurso con los peces voladores o los graznidos de gaviotas.⁷ Sin olvidar las peculiaridades que han modelado el perfil del espacio caribeño donde son visibles cruces etnoculturales que acarreo la sociedad de plantación, integrada por una mayoría esclava de origen africano (a la que se sumaron desde la abolición de la esclavitud oleadas de inmigrantes laborales como los *siervos escriturados* procedentes de la India y otras latitudes) y una minoría de colonizadores europeos.⁸

El problema no reside en la negación de los atributos del *locus* donde nacen nuestros discursos. El problema, a mi juicio, es la pretensión occidental de legislar por un canon literario basado en la razón, en el peso del logos y los instrumentos geométricos de la ciencia positivista o comparativa. El problema es la pretensión de homogenización de la literatura que se produce en el Caribe, bajo el pretexto de que no se ajusta al canon de la *alta* cultura. El problema surge con los mediadores y los teóricos del canon occidental, quienes nos miran desde fuera, con una mirada distinta y perspicaz que se origina en las mismas coordenadas de su exégesis discursiva. No reconocen el valor de la diferencia, de la improvisación sintomática de la expresión artística o estética.

La reflexión crítica en torno a las creaciones estéticas del Caribe debe fortalecer los instrumentos para justificar con buenos argumentos la elección de las formas criollas y auténticas frente a las formas vicarias de la cultura metropolitana. Esta sería, pues, la primera fase o huella de una descolonización profunda. Esta actitud, como muestra Jorge Rodríguez, debe comenzar con el estudio y la conceptualización misma de la literatura:

El estudio de la literatura caribeña debe partir de su conceptualización en tanto “literatura de una región

⁵ Édouard Glissant, *El tratado del todo-mundo*, París, Gallimard, 1997, p. 19.

⁶ Roberto Fernández Retamar, *Calibán y otros ensayos*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1979.

⁷ Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite*, Barcelona, Editora Casiopea, 1983.

⁸ Emilio Jorge Rodríguez, *Acriollamiento y discurso escritor caribeño*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 2001.

cultural” en sus investigaciones comparadas, y uno de sus problemas estriba en la óptica y el instrumental crítico a adoptar ante los objetos literarios, sea que estos se ajusten al canon metropolitano occidental, o lo violenten para dar lugar a versiones donde predomina la interculturación; existe una fuerte presencia de componentes africanos o surgen expresiones híbridas como consecuencia de la integración en una nueva cultura. (...) Lo que hace aún más complicado y rico el panorama es la coexistencia de formas, algunas apegadas a patrones de la “alta cultura” occidental y otras que los dinamitan.⁹

El ejemplo más práctico se identifica a través del instrumental mismo de la creación literaria: ¿qué lenguaje utilizar, la lengua de “prestigio” o los giros propios del criollismo? Aquí surge el dilema. Tal parece que los escritores se inclinan, en su mayoría, por el primero, pues las grandes casas editoriales prefieren el lenguaje de *prestigio*. Al fin y al cabo es lo que vende. Todo se ha basado en una falacia: el lenguaje criollo es propio del regionalismo y por ende no facilita la inteligibilidad de los lectores “ilustrados” o cultos. Algunos escritores reconocen que están nadando contra corriente y que prefieren las formas propias, los ritmos sanguíneos y carnavalescos a las formas europeizantes impuestas y difundidas por la cultura dominante. Un ejemplo son las siguientes obras: ¡*Ecue-yamba-o!* (Carpentier, 1933), *Tres tristes tigres* (Cabrera Infante, 1965), *Sóngoro cosongo* (Nicolás Guillén, 1931), la *Guaracha del Macho Camacho* (Luis Rafael Sánchez, 1976) y *La biografía difusa de Sombra Castañeda* (Veloz Maggiolo, 1981). Lo mismo pasa con la novela reciente de Junot Díaz, *La maravillosa vida breve de Óscar Wao*, publicada en 2008 (Premio Pulitzer, EUA). Todas ellas tienen algo en común: prefieren dinamitar la lógica imperante en la concepción del lenguaje y la experiencia del mundo que tienen los hablantes nativos.

Quizá los representantes de la “alta cultura”, los auspiciadores del canon que se estudia y se enseña en las grandes universidades del mundo y que se promueve a través de grandes editoriales sientan que el Caribe no es zona de salvajes, pero se mantiene atada a los ideales ortodoxos, etéreos como la suerte de Ariel en los paraísos del aire y la sumisión. Sin embargo, Fernández Retamar, muestra que la historia cultural de América no se representa con el símbolo de Ariel, sino con *Calibán*, que representa al mulato que domina el verbo y que con valentía se rebela contra el amo y sus poderes. Hay que subrayar algo sintomático: el concepto de “alta cultura” no es una reminiscencia conceptual o meramente teórica, más bien es un lastre, una herencia colonial poco cuestionada, pues todavía usted escucha en los pasillos de

⁹ *Ibidem*, p. 10.



las tertulias de República Dominicana cómo algunas personas hablan (con énfasis) de la “alta poesía”, aunque por lo visto el adjetivo cambia o permuta cuando se refieren a otros géneros artísticos de carácter sonoro, entonces el juicio más común es hablar de la *buena* música, del *buen* cine.

El dilema no solo se relaciona con el objeto de creación y las dimensiones del lenguaje que forjan la obra de arte, sino también con la apreciación directa de ciertas modalidades dialógicas, o con el gusto por mostrar la plenitud del código oral en su esplendor y manifestación cultural. Este contexto, como es natural, choca con el discurso de los metropolitanos, que es propenso a las formalidades retóricas del código escrito y los dominios de la retórica.

No es casual, entonces, que en buena parte de los países caribeños y en distintas lenguas, el concepto de poeta nacional contemporáneo esté vinculado a una literatura para ser escuchada en voz alta, y a la imagen de un declamador capaz de reunir al auditorio que en ocasiones se ha convertido en muchedumbre: Nicolás Guillén (Cuba), Pedro Mir (República Dominicana), Robin Dobrú (Surinam), Martín Carter (Guyana), Elis Juliana (Curazao), Félix Morisseau-Leroy (Haití) y Juan Antonio Corretjer (Puerto Rico). Esto contribuye a demostrar la fuerza de la oralidad en la región, y la peculiar característica de ruptura que se ha venido produciendo en este sistema sociocultural con respecto a la *ciudad letrada* según lo concebía Ángel Rama.¹⁰

Después de lo dicho y subrayado en líneas anteriores, alguien podrá pensar que la lucha ha sido orientada solo a lograr el reconocimiento foráneo o internacional; pues no, la batalla se ha librado en el seno mismo del *locus* y su extensión simbólica, dicho de otro modo, en el vientre del Caribe y de toda Latinoamérica. El movimiento de la negritud y las críticas al colonialismo y los sistemas de dominación durante la década del cincuenta (encabezadas por Césaire y Fanon) hizo posible el reconocimiento y la reformulación de un

nuevo discurso literario que cuestiona radicalmente las herencias culturales y valora la identidad *criolla*.

La crítica, sin embargo, debe dar muestra de honestidad y autenticidad. Sabemos que estar en contra del colonialismo o del imperialismo no significa abrazar del todo un proyecto de humanización (en el más amplio sentido del término). Lo que implica, a mi juicio, derrumbar algunos mitos basados en la incomunicación lingüística, en los límites geolingüísticos. Al respecto, los enunciados de Walter Mignolo pueden orientar el programa de la descolonización como un evento progresivo y con fuertes implicaciones discursivas:

La división tanto geopolítica como geocultural (particularmente geolingüística), es el resultado de distribuciones y clasificaciones coloniales. Esto es, son herencias coloniales, en el propio sentido de la palabra herencia. La incomunicación (o la poca y dificultosa comunicación) entre Hispanoamérica, Brasil y las islas del Caribe (cuyas lenguas oficiales son tanto el español como el francés y el inglés), es obra tanto de la distribución geocultural colonialista como de los resabios de las herencias coloniales en la organización y distribución del saber. Una de las tareas (quizás de descolonización intelectual) que la teorización postcolonial nos puede ayudar a llevar adelante es la de repensar la superposición de herencias coloniales, en áreas culturales como las Américas y el Caribe, en vez de hacerlo siguiendo una división de fronteras lingüísticas y sus correspondientes cronologías lingüístico-económico-imperiales.¹¹

En suma, la crítica del discurso como reflejo de la descolonización debe ir más allá, o sea, debe traspasar las fronteras de la literatura y convertirse en un eje transversal e interdisciplinario, esto permitiría el diálogo y la crítica desde otras esferas epistémicas tales como la crítica

¹⁰ *Ibid*, p. 39.

¹¹ Walter Mignolo, “Occidentalización, imperialismo, globalización herencias coloniales y teorías postcoloniales”, 1995. Recuperado de <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/viewFile/6392/6568>

literaria, la semiótica, los medios de comunicación, la sociología y la lingüística. La apuesta por tanto implica hacer una nueva lectura de la realidad, de la historia y dibujar los límites discursivos y simbólicos desde los senderos de la palabra, desde los senderos de la crítica furtiva, aprovechar el sustrato del feminismo (de tercera ola) y los enunciados del posestructuralismo, ya que son perspectivas epistémicas que procuran describir los problemas principales de la construcción del sujeto y la constitución de los sujetos subalternos. También vale la pena examinar la dinámica relación existente entre el análisis del discurso y la interacción social.¹²

En resumen, la apuesta es incisiva y radical; la crítica comenzará devorando las presencias heredadas y que viven en la sangre de nuestra identidad; son muchos los modos de recorrer los caminos, de gritar en medio del camino. Solo una cosa es seguro: la descolonización siempre comenzará con una pregunta inquisidora. La pregunta es la llave. La única llave.

Algunas conclusiones

Hay que retomar la marcha y valorar las reflexiones diversas que se producen desde la esfera de los “Estudios postcoloniales” y la teoría postcolonial. La premisa es simple: la relectura implica auto-reconocerse, un viajar a la semilla, a la fuente que ilumina el andar, el mirar la realidad con ojos diferentes y con el deseo de esbozar una visión coherente y auténtica de nuestra experiencia del mundo. Una buena lectura de los textos de la descolonización intelectual y cultural siempre será como un espejo junto al camino donde puede apreciarse el origen de nuestra identidad racial, los fueros del colonialismo y la maquinaria de dominación política y económica, las máscaras raciales y los prejuicios, los mitos en torno a la identidad caribeña, la lucha entre civilización y barbarie, las conquistas del neocolonialismo y las comunidades imaginarias –y los paraísos como destino turístico– dibujados por las comunidades imaginarias y su discurso nacionalista. La descolonización tiene sus antecedentes en la definición del *ser americano*, en la búsqueda de su identidad autóctona (Martí, Glissant, Césaire, Pedro Henríquez Ureña) y en el rechazo del proyecto de civilización y dominación europea o estadounidense. En buscar y forjar un pensamiento propio, según lo planteado por Dussel, Zea, Boff, entre otros, en abrazar una nueva conciencia del ritmo y la soledad propia de América Latina y su visible desarraigo (Octavio Paz, Carpentier, Fuentes, García Márquez, Bolaño, Veloz Maggiolo, Fernando Ortiz, Walcott, Glissant...).

¹² Sara Castro-Klarén, “Teoría poscolonial y literatura latinoamericana: entrevista con Sara Castro-Klarén”, Juan Zevallos-Aguilar, *Revista Iberoamericana*, número 176-177, 1996, pp. 963-971.

Para finalizar, esbozo algunas conclusiones a modo de implicaciones discursivas de lo expuesto:

- El discurso crítico como viva manifestación de la descolonización intelectual permea todos los ámbitos: lo histórico, lo literario, lo sociológico, el lenguaje, la construcción del sujeto y los modos de comprender el mundo y los símbolos. Es por tanto un enfoque holístico e integral.
- Un ejercicio crítico de descolonización tratará de analizar y reelaborar el canon de la literatura caribeña cada cierto tiempo.
- La deconstrucción y la crítica poscolonial deben integrar todas las ramas del saber: literatura, cultura, filosofía y ciencias sociales.
- No resulta plausible sino imposible hablar de un canon de literatura universal.
- Ser caribeño significa reconocer el valor de la *diferencia* y sentirse orgulloso del proceso de mestizaje cultural y simbólico. (Es como conocer la esencia pero al revés y en su revés: anti Hegel.)
- El *boom* tiene el mérito de haber eliminado, poco a poco, las fisuras existentes entre el lenguaje usado por los países nacionales en su creación literaria y el lenguaje utilizado en la metrópoli, en este caso, España.
- El furor de la imaginación ha fermentado el imaginario de los creadores caribeños y latinoamericanos que se han anticipado a los planteamientos que hoy se conocen como teoría postcolonial, son ellos: Martí, Carpentier, Fernando Ortiz, Césaire, Manuel del Cabral, Luis Palés Matos y Frantz Fanon.
- La reflexión debería engendrar nuevos espacios del discurso crítico, como otro modo de ver y *sentir* el mundo que nos circunda. Debe orillarse el misterio de las interacciones mestizas y trillar los caminos de la palabra y la esperanza.

Creo que los siguientes versos de Aimé Césaire son un grito de lo dicho en el enunciado anterior, y quizás el mejor colofón a todo lo expresado en este ensayo:

Lejos de los días pasados. *Pueblo mío / cuando / lejos de los días pasados / renazca una cabeza bien puesta sobre / tus hombros / reanuda / la palabra / despide a los traidores / y a los amos / recobrarás el pan y la tierra bendita / tierra restituida.* ☒

Fari Rosario (Moca, República Dominicana). Poeta, narrador y ensayista dominicano. Actualmente realiza su tesis para obtener el doctorado en Estudios Lingüísticos y Literarios; tiene una maestría en Lingüística Aplicada a la Enseñanza del Español por la Universidad Autónoma de Santo Domingo y una licenciatura en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM). Ha publicado *El jabalí y otros microcuentos* (2007); *El coleccionista* (2008); *Polvo y olvido* (2009); “El discurso de la interioridad y la condición humana” en *Una rosa en el quinto infierno* (2009); *El columpio de los sonámbulos: Antología de microcuentos dominicanos* (2010); *La aventura de la vaca flaca* (2013); *Los espejos asesinos y otras minificciones* (2017), entre otros ensayos y artículos científicos.